

# LA PROTESTA

Año XIX

California 1955 — U. T. 317, Barracas

Buenos Aires, SABADO 24 de Julio de 1915

PRECIO 5 CENTAVOS

(Porte pago)

Núm. 2607

Cesar de Paape

## LA ANARQUÍA

La humanidad marcha, partiendo de la monarquía absoluta, forma primitiva y la más expresiva del gobierno, y pasando por la monarquía constitucional, por el poder presidencial, por el gobierno de la asamblea y por la legislación directa, hacia la anarquía, forma definitiva y la más elevada de la libertad. Tales son los destinos de la humanidad y las tendencias revolucionarias que le son inherentes.

¿Qué es, en efecto, la Revolución, sino una amonación constante de la autoridad en provecho de la libertad, la destrucción progresiva del poder en beneficio de la emancipación de los individuos? ¿Y qué es el constitucionalismo, la presidencia, el parlamento, el sufragio universal, más que etapas de la Revolución, esta eterna viajera? ¿Y qué es, en fin, la legislación directa, más que un puente arrojado entre el gubernamentalismo y la anarquía, entre la vieja sociedad gubernamental y política y el nuevo mundo industrial económico? Es un hecho histórico incontestable que la libertad aumenta a medida que el poder gubernamental mengua, y viceversa, que el poder crece en razón inversa de la libertad. Por consiguiente, para elevar la libertad a su más alto grado es necesario reducir el gobierno a cero. El objetivo ulterior que persigue la Revolución, es la anulación de todo poder: es — después de transformada la sociedad — la eliminación de la política y el advenimiento de la economía social: es la organización gubernamental sustituida por la organización industrial, es la anarquía.

[Anarquía] sueño de los amantes de la libertad integral, ídolo de los verdaderos revolucionarios! Demasiado tiempo se han cultismado e insultado los hombres. En su ceguera se han confundido con el desorden y el caos, mientras que el gobierno, al contrario, tu enemigo jurado, no es sino un resultado del desorden social, del caos económico, como tú serás el resultado del orden y de la armonía, del equilibrio, de la justicia. Pero ya se entrevieron los profetas a través del velo que cubre el porvenir y te han proclamado el ideal de los pueblos nuevos, la esperanza de la libertad, el objetivo supremo de la Revolución, la soberanía de los tiempos futuros, la tierra de promisión de la humanidad regenerada! Por tí sucumbieron los hebreos en el 93; no soñaron que tu hora no había llegado aún. Y en este siglo, ¿cuánto y cuánto pensador ha tenido el presentimiento de tu llegada y descendiendo a la tumba saludándote, como los patriarcas, al morir, saludaban al Redentor! ¡Qué tu reino llegue pronto, anarquía!

César de Paape.

## La escuela actual

La escuela sujeta a los niños física, intelectual y moralmente para dirigir el desarrollo de sus facultades en el sentido que se desea y les priva del contacto de la naturaleza para modelarlos a su manera. Educar equivale actualmente a domar, adiestrar, domesticar. Para realizar esta educación se han inspirado en los principios de disciplina y autoridad que guiaron a los organizadores sociales de todos los tiempos, y no han tenido más que una idea muy clara y una voluntad, a saber: que los niños se habitúen a obedecer a ciegas y a pensar según los dogmas sociales que nos rigen. Esto sentido, la instrucción no puede ser más que lo que es hoy. No se trata de secundar el desarrollo espontáneo de las facultades del niño, de dejarle buscar libremente la satisfacción de sus necesidades físicas, intelectuales y morales; se trata de imponerle pensamientos hechos; de impedirle para siempre pensar de otra manera que la necesaria para la conservación de las instituciones de esta sociedad; de hacer de él, en suma, un individuo estrictamente adaptado al mecanismo social. No se extrañe, pues, que semejante educación no tenga influencia alguna sobre la emancipación humana.

Francisco Ferrer.

Boicot a los productos de la  
Compañía Argentina de Tabacos

## NUESTROS EDITORIALES

### Nuestra palabra sincera

Es muy difícil emitir opiniones nuevas, sea en pro como en contra del IX congreso y de sus perniciosas consecuencias para la clase obrera y para el movimiento revolucionario en general. Todo lo que se podía decir se ha manifestado extensamente, desde la tribuna del pueblo y desde nuestra prensa. Ahora ya no es más posible discutir, ni pretender, como muchos habíamos pretendido, llegar a un acuerdo. Los móviles que guiaban a los menguados empuerzados criollos y la patente desviación de algunos compañeros sinceros, que se nos han vuelto ahora, diríamos casi, enemigos, salta a la vista del más mío. La adhesión que han hecho a la acción de los políticos que culminó en el senado, donde han recibido las loas verborreosas del senador socialista, sin que de parte de ellos se hubiese producido el menor desmentido, ha venido a demostrar, con el peso de los hechos, que todo lo que se ha sostenido desde estas columnas es cierto.

Dos han sido las razones principales que se presentaron para auspiciar la pretendida unión; y las dos han fracasado, porque la primera era falsa y la segunda un soberano sofisma. Con la primera dos espíritus amplios — como ellos mismos se calificaban — y ajenos a todo dogmatismo sostenían que la unión de los trabajadores, debía de primar sobre cualquier concepto, por que ellos aunque profesaran diversas ideas se sentían hermanos en la lucha económica. Los hechos han demostrado que no buscaban realmente una unión que tanto alardeaban, porque en su nombre han acentuado mayormente la división que antes existía en el proletariado argentino, y lo único que consiguieron, fué pasar de hecho y de derecho al campo sindicalista.

Con la segunda razón sostenían que ellos, aunque partidarios del anarquismo en privado, querían desahogar de la organización porque era anti-anárquico — imponer a personas contrarias, o por lo menos, ajenas, a nuestras ideas. Pero después, a vuelta de hoja, afirmaban que los partidarios del comunismo eran unos fanáticos estúpidos; unos sembradores de discordias, verdaderos enemigos de la clase proletaria, que ante los apremiantes problemas del momento hacían cuestión de rótulo y no se fiaban en el fondo, la Federación del IX, hecha excepción del frontismo, era más anarquista que la misma del Va.

Aseguramos a nuestros adversarios que no queremos hacer dialéctica; pero hemos de hacérsela observar que en esta segunda argumentación hay dos conceptos que se contradicen recíprocamente. Si se considera anti-anárquico imponer nuestra finalidad a quienes no son anarquistas, también lo es imponer las resultantes de su doctrina; estas son, una sociedad de libres y de iguales, etc., etc., a quienes no quieren o no saben de estas cosas.

Se ha pretendido refutarlos diciendo que es prematuro señalar la forma de organizar la sociedad después de la revolución y que esas evoluciones hipotéticas nos dividen, mientras que todos estarían de acuerdo, si sin hablar de ella se tratara solo de hacer la revolución.

Sin darse cuenta quizás, emiten otro sofisma: porque si ahora no debe discutirse la forma de la organización fu-

tura, poco debe preocuparles lo que al respecto digan los anarquistas, puesto que saben muy bien que en el caso de implantarse el comunismo anárquico, tendrían amplia libertad de organizarse como quisieran. A más, los mismos burgueses admiten en teoría que una sociedad cual nosotros la anhelamos, sería el máximo que se puede desear; pero repudian el anarquismo por sus métodos de lucha que califican de violentos. ¿Por qué, entonces, los sindicalistas, que se dicen partidarios de nuestra acción nos combaten, en vez de coadyuvar a nuestra obra?

Pero, no; los argumentos que esgrimen no son más que burdos sofismas, que muchos compañeros anarquistas, han hecho suyos en buena fe, creyendo servir mejor la causa revolucionaria. Pero ahora después que ese amago de organismo obrero que se intituló F. O. R. A. del IX, ha fracasado ante la prueba del fuego y ha mostrado su hilacha marxista, deberían hacer ya su composición de lugar.

Se constatará que no es la primera vez que desde la misma tribuna han hablado socialistas y anarquistas y que tal hecho no constituye una claudicación. Mas esto es un recurso de polémica, al que podrán apelar los sindicalistas, pero jamás los anarquistas sinceros que aun quedan en la F. O. R. A. del IX. Nada ni nadie puede justificar en estos momentos y en la forma en que se ha verificado, la unión de socialistas y anarquistas. Además todos saben que el Consejo se ha adherido a la manifestación de tal partido, solo para que se les reconociera como únicos representantes delegados de la clase obrera organizada, y para que los obreros socialistas armados votaran, por espíritu de disciplina, en favor de ellos en las próximas asambleas.

¡Así que los puros, los ajenos a todo dogmatismo, verifican chanchullos de politicastros, comerciando con los ideales revolucionarios, para obtener una simple mayoría!

No queremos entrar en mayores consideraciones por el respeto que aún nos merecen algunos compañeros que oscuros por el apasionamiento, han incurrido en un deslíz gravísimo que compromete a ella y a la causa que quieren defender. Los llamamos solamente a la atención, sobre la actitud que para con ellos observa el órgano máximo del Partido Socialista, y les recordamos que un conocido compañero, solía decir: «Cuando mis enemigos me aplauden, es porque estoy equivocado».

Con estas breves líneas, no hemos querido más que señalar sinceramente, a nuestros compañeros de ayer que el lugar que hoy ocupan en la lucha no es el que les corresponde. Hemos de decir, también a nuestros hermanos de misas, los trabajadores! Hermanos: grandes días de lucha se preparan; ese torrente de sangre que empuja al mundo entero, ha de traer forzosamente muchas novedades; no esterilicéis vuestras fuerzas en luchas inútiles y fratricidas; pased por encima de las cuestiones personales; arriba los corazones, los anarquistas, los otros, los que no lo son, que sigan su camino sin estorbarlos; aquí está nuestra mano, adelante la vuestra y gritemos juntos: ¡Viva la Anarquía!

Juan Francisco!

## Crónicas Internacionales

### Del momento

Nos costó trabajo, pero vencimos. Pasaba sobre nosotros como una gigantesca mole de granito, que nos impedía pensar, accionar en contra de todas las desigualdades sociales, la indiferencia, la inercia ambiente, pareciendo que aquí, en este Uruguay, viviríamos en el mejor de los mundos y que por consiguiente, no era necesario levantar nuestra voz, empujar nuestra pluma, a guisa de bisturí, para abrir las carnes bastante descompuertas ya, de nuestra sociedad, para quitar de raíz los quistes venenosos que apestan todos los rincones del presente organismo burgués.

Vencimos, y aquí nos tienen nuestros lectores y el pueblo en general, dispuestos a luchar hasta vencer la indiferencia

de esfuerzos, de trabajo, de hambre por parte del pueblo, para después, en unos meses, gastarlos inútilmente, o más bien, criminalmente, en contra de seres humanos que, como nosotros, también son engañados por los verdugos políticos.

No tenemos que esperar, pacientemente como nuestros hermanos de Europa, a que los preparativos guerreros se produzcan.

En Europa, es cierto, se hizo mucha propaganda antimilitarista; fueron infinitos los propagandistas que pagaron con la cárcel y el destierro la valentía de combatir el desarrollo de esas escuelas del crimen, pero eso no fué suficiente, no fué lo bastante eficaz para impedir el armamentismo.

Se imponían otras armas. Era necesario que ese pueblo, esa clase trabajadora que luchaba con tenacidad para conseguir un aumento de jornal que después, el patrón se lo sacaba aumentándole el precio de los artículos, era indispensable, que la clase trabajadora y el pueblo en general, lo incluyera en el programa de sus reivindicaciones y lo mismo que se protestaba por la creación de una ley infame, la brutalidad de un capataz, etc., deberíase declarar una huelga, realizar mítins y hasta llegar al motín, si el gobierno intentara hacer un sólo buque de guerra, comprar cañones o dictar cualquier ley relacionada con el fomento del militarismo.

Con esa actitud no pretendemos decir y hacer creer que los gobiernos no hubieran continuado en una y otra forma de desarrollar sus ambiciones guerreras lo mismo que con las luchas obreras no se ha evitado la explotación. Pero creemos firmemente, que el espíritu de lucha popular se hubiera desarrollado con la misma intensidad que se hizo con la lucha económica, y entonces, ante el anuncio de una preparación de guerra, los pueblos no hubieran sido tomados de sorpresa, como lo fueron en estos momentos en Europa y hubieran tomado las medidas necesarias para impedir que media docena de gobernantes arrojaran millones de hombres — como si fueran rebaños de carneros — a una carnicería infernal, para defender intereses ajenos, tierras que nunca han gozado.

Es por eso, entonces, necesario que nosotros, los que habitamos este suelo, nos aprestemos, con tiempo, guiados por el ejemplo y las enseñanzas sacadas del actual conflicto europeo, para llamar la atención del pueblo uruguayo e impedir por todos los medios (la conferencia, el periódico y hasta la barricada si es necesario) a que «nuestros gobernantes no insistan en sus ideas liberticidas, para enfrentarnos mansa y dócilmente a una guerra futura.

«La Batalla».

Montevideo.

## ACTUALIDAD

### ¡Adelante y adelante!

Le daremos otro toque, ya que el tema del banquete se tomó la semana al largo. Hemos de decir aún, para que no se nos quede hecho veneno en la lengua, que si los socialistas de Justo, son equívocos, oblicuos, no le dan caso en sus méritos al socialismo, verdad, abarcados y profundos, revolucionarios, los otros, esos que se han revelado, iluminando su ánimo a favor del chispero de las piedras que se han cruzado — Mantecón, Camino, Gicca, etc., — son unos aprovechadores sinvergüenzas. Y que los otros, terribles intelectuales, nacionalista al bronce, para la estatua, filósofos libres, libres hasta de la libertad, se venden por una platada de dulce de zapallo...

Hemos de decir también — siempre para que no se nos quede hecho veneno en la lengua — que todo ese resplandor mosquetilero, de lanzas metafísicas, fulminaciones verbales, gritos de indios que se quedan en retórica, como sus manos de monos entre los guantes, es nada y volverá a nada. Que ese Quetzal Jucateco, que decía Rojas, está para la vidriera. Que esa soledad del río lo que dice D. Leopoldo, es en él, precisamente, el miedo a la soledad. Que todo es frase pinturera y retumbosa, al viento. Y que todos, todos juntos, no arrempujan ni una brizna de paja sobre la tierra...

No hay para que desolarse, señores de «La Vanguardia». Apuntados de esas tras, todavía no murió nadie. Entre el socialismo nuestro y el chauvinismo de

aquéllos, el pueblo se quedará sin ninguno. Sin aquellos, porque lo venderían por una platada de dulce. Sin vosotros porque sois falsos, oblicuos, saltados de los conceptos matricios.

Dicho esto — que se nos quería hacer veneno en la lengua — seguimos para adelante. ¡Adelante!

\*\*\*

### Un hombre. Un toro

O presidente o prócer, dicen que ha dicho el dueño de la provincia de Buenos Aires. Presidente por los votos, o prócer por una revolución. De todos modos, «gran hombre», un toro en medio a esa multitud de buyes que pastan el presupuesto.

«La Nación», protesta del desenfado de Ugarte. No hay para qué, sin embargo. Por esos reales, han sido «grandes» todos cuantos monjes trágicos han gobernado el país, desde Rosas hasta Mitre.

Cada político — en otras partes dirían, cada asesino — de éstos ha ido de un brinco al poder, con el hierro entre los dientes, como al aborjaje. Y si ahora, de hace 10 años, no van, culpe a que se han mellado en la psicología. Pero el instinto les queda, y les reaparece también. Como un salto atrás.

Marcelino Ugarte ha dicho: o presidente o prócer. Y es la tradición cantando. De esa madera es que salen los inmortales. Como ese han sido esos monjes que están volcados en bronce, estatuidos en las plazas. Iguales.

Es un tipo del país; argentino! Un hombre! Un toro, en medio de la buyarda que pasta del presupuesto.

## Las aberraciones del «sentido común»

¿Qué es «sentido común»? Hasta tanto la humanidad no haya llegado a la cima de su propia perfección, el «sentido común», no será más que la afirmación de las multitudes a la obediencia del dominio, del misticismo y de las supersticiones.

La interpretación del «sentido común» es de variados conceptos y caprichosos gustos. «Silvo raras excepciones», si los hombres no adolecieran de inconsistente amor propio, el «sentido común» sería la ley o gran ley horizontal, conclusión o al hombre hacia el perfeccionamiento.

En el pasado y en el presente ¿qué puede vanagloriarse el «sentido común»? ¿Qué infancias ha tenido el «sentido común» sobre las negables ascensiones del pensamiento humano?

El «sentido común», no solo ha dejado de ser un factor positivo de la evolución histórica, sino que fué la parte adversa de toda asunción progresiva; fué el escudo contra el cual siempre se estrecharon las nobles y elevadas aspiraciones.

El «sentido común» no ha podido

mentarse sobre las sólidas bases del afecto humano, por cuanto la inocencia del conyugal social, fué avallada por la crueldad y la audacia de los que erigieron en dominadores y educadores de las multitudes. La responsabilidad de la culpabilidad imponderable de los defectos y de la crueldad que corroe a la humanidad, débese a los que tiránicamente erigieron: en fuer a de dominio y dirigieron a los pueblos.

Pues bien; hemos tenido y aún tenemos dirigentes. ¿Qué han hecho éstos a través de los consecutivos y prolongados siglos? ¿Condujeron a la humanidad por las vías del perfeccionamiento, planteando el equilibrio, inculcando el afecto, labrando la armonía colectiva y la paz universal?

Nada de ello han hecho, y ni, todo lo contrario.

En las lejanas noches de la infancia humana todos los hombres gozaban y usufructuaban el derecho a la tierra, nadie era desheredado y todos participaban de ese patrimonio común. Al transcurrir el tiempo, la







